

## ECLIPSE DE SOL

“No probaréis mis labios sin antes probar mi vino”. Así le dijo la bella Dama Sol al Caballero de la Media Luna. Y éste, tan presto con el verbo ingenioso como con el sable de doble filo, repuso: “¿De cuándo se antepone el acíbar a la ambrosía?, ¿pretendéis que antes de degustar el fruto de los dioses que son tus labios mancille mi boca con un caldo de infieles?”.

La Dama Sol, a pesar de la determinación de las palabras del caballero y de su fama de guerrero insobornable, vislumbró en sus ojos lo que, de haber tenido un espejo, también habría visto en los propios: la debilidad del amor. Esa flaqueza sería la que propiciaría que el renombrado capitán abandonase sus creencias, calculó la joven, y al punto se reconoció que por esa misma flaqueza ella estaría dispuesta a renunciar a su religión y a su patria.

El caballero asentó sus reales en las tierras de la hermosa dama cavilando el modo de obedecer las órdenes de su señor sin incomodar a su anfitriona, más bien intentando agradarla, lo que se revelaba empresa complicada. La dama acogió la ocupación de las tropas árabes con una mezcla indefinible de temor y alegría; no le inquietaba tanto el hecho de que el Caballero de la Media Luna pudiera descubrir la secreta ubicación de las bodegas donde envejecía el renombrado vino de Requena como que, al hacerlo, se marchase de su lado para siempre. Con igual angustia vivía el caballero, temía lograr el objetivo de su campaña pues eso conllevaría perder de vista a la que se había convertido en el motivo de su existencia. Cierta día, no pudiendo resistir más la zozobra en la que se hallaba su alma, la Dama Sol rogó al caballero que la acompañase sin su escolta. Lo llevó, por fin, a la bodega principal de sus tierras. “Aquí está lo que buscáis –dijo señalando las barricas-, no puedo seguir mintiendo a quien amo con todas mis fuerzas –confesó- que se haga la voluntad de Dios o de Alá”. El caballero aspiró el aroma del lugar, luego rozó con uno de sus dedos mojado en vino los labios de la doncella y la besó suavemente. “He probado el vino antes que tus labios, y nada antes me había resultado tan grato al paladar y al alma. Algo así no puede ser pecado, es imposible. Ésta debe de ser la voluntad de Alá y de Dios”, sentenció sin apartar sus ojos de la mirada embelesada de la dama. En ese momento comenzó a oscurecer, pese a no haberse alcanzado el medio día. Se asomaron al exterior y pudieron ver cómo una media luna crecida borraba lentamente el fulgor del sol al cruzarse en su trayectoria. “Mágico beso y mágico vino que ha producido semejante prodigio”, acertó a decir el caballero. Mientras los dos astros parecían fundirse en el firmamento, la Dama Sol y el Caballero de la Media Luna, en penumbras, volvieron a besarse y a brindar por su amor.

Si han de tenerse por ciertas las crónicas el Caballero de la Media Luna despachó a sus huestes, rumbo a Valencia, con el encargo de dar cuenta a su señor de que no debía preocuparse por los rumores que circulaban en torno a los vinos de Requena. Lo que allí se producía era una bebida que más relación decía con la miel que con el alcohol. Así mismo le pidió permiso para establecerse como señor de aquellas tierras como pago a sus belicosos servicios, insinuando que mucho podía aprender para beneficio de la nación almohade de unas gentes que obraban prodigios como los del ocultamiento del sol. El rey almohade de Valencia, más versado en guerras que en Astronomía, consideró el reciente eclipse como de hechuras humanas y concedió al Caballero de la Media Luna el señorío de Requena para que vigilase a quienes eran capaces de cambiar el curso de los astros.

Cuenta la leyenda que muchísimos años después los nietos de los nietos de la Dama Sol y del Caballero de la Media Luna continúan reuniéndose cuando tiene lugar un eclipse de sol para brindar con el vino exquisito de las mismas viñas que contemplaron el primer beso de sus antepasados.